

# Teoría de la adaptación

Rosa Beltrán

*“Familias: criaderos de alacranes”, escribió alguna vez Octavio Paz en Pasado en claro. Rosa Beltrán, autora de libros como La corte de los ilusos y Alta infidelidad, entre otros, explora en este cuento las complicadas relaciones entre madres e hijos con una prosa cáustica y precisa.*

*¿Cómo se han perfeccionado todas estas exquisitas adaptaciones de una parte de la organización a otra o a las condiciones de vida, o de un ser orgánico a otro ser orgánico?*  
Darwin, capítulo 3  
*El origen de las especies*

Mis padres vivieron distanciados muchos años. No obstante, la muerte de mi padre trajo una consecuencia inesperada, aunque lógica. Mi madre quiso reunirnos. Ella, que no nos toleraba más de cinco minutos al teléfono, nos citó en su casa. A los cuatro. Vino la reunión. La solidaridad exaltada. Y luego de los acuerdos sobre los arreglos de la defunción, a nuestro cargo, la promesa de algo que no esperábamos. Una herencia en vida. Lo que su padre me dejó pienso entregárselos, dijo. He llegado a la conclusión de que ahora les servirá mucho más que cuando yo me haya ido. La decisión nos sorprendió. Y nuestra reacción, siendo tan distintos unos de otros, asombrosamente fue la misma: no nos caía mal. Nada mal. Eso decidimos. Al hacer esta afirmación no hablo sólo por mí. Más allá del brillo en los ojos de mis hermanos tenía pruebas para ver que este giro inesperado sería una tabla de salvación en el pago de la hipoteca de la casa de mi hermano Juan; que Pedro ya no tendría que preocuparse por sus negocios inviables y que Sofía podría renunciar a las continuas demandas y la vulgaridad de su amante.

Al anunciarnos su decisión, mi madre fue perentoria:

—Sólo les pido una cosa: no me lo devuelvan. Lo he pensado bien, como sólo una madre puede hacerlo en estos casos. No podrían. De intentarlo, estarían obligados a trabajar para mí y esto haría crecer su frustración. Alimentarían reproches, odios familiares y a la larga, con tal de pagar, cambiarían su vocación. El camino de sus vidas, bueno o malo, pero el que ustedes eligieron, se volvería una ruta vacilante, el ánimo se les volvería una cosa blanda, viscosa...

De pronto se detuvo, como asaltada por una idea no prevista:

—Aunque es cierto que también les quedaría la ingratitud...

Nos miró fijo. Y luego, como pensándolo mejor, añadió:

—Pero no, no creo que eso los tiente. Si la fe mueve montañas, la culpa hace que te caigan encima. El odio, el asco por ustedes mismos marcaría su existencia. Mirren: no me devuelvan nada. Lo que pienso darles se los entrego de forma gratuita.

Sofía fue la primera en intervenir.

—Pero extender simplemente la mano... No sé, a mí me deja incómoda.

—Nada, nada —respondió mi madre y agitó una mano en el aire, como dando el encuentro por terminado—. La bondad se paga de otras maneras.

Nos miramos desconcertados. Ella, al vernos, esbozó una sonrisa.

—No; no crean que estoy esperando algo. Sé cómo son estas cosas. La esencia de la progenie es la ingratitud. Qué le vamos a hacer, ése es el destino de los padres: que los hijos nos pisen, que pasen por encima de nosotros para que se perpetúe la especie...

—Madre, por favor, no digas eso —suplicó Pedro, que era el más hipócrita de los cuatro. Pero ella siguió:

—Primero, dejarán de invitarme a restaurantes, luego se olvidarán de hablar el día de mi cumpleaños, un día me abandonarán en Navidad. Es posible que hasta me regalen un perro y me dejen sola con él, a mí, que odio las mascotas...

Juan quiso decir algo pero ella levantó la palma y lo detuvo:

—Incluso considerarán que pagarme un seguro de gastos médicos es inútil.

Ninguno de nosotros había pensado en eso. Se hizo un silencio sepulcral.

Para aligerar la tensión, Pedro abrió la gaveta donde ella guardaba los licores y le sirvió un anís. A los demás nos preparó whisky con soda y a Juan, ron con Coca Cola. Pensamos que el alcohol la detendría y lo que hizo en cambio fue infundirle ánimos:

—Pero ustedes no tienen la culpa sino yo, por parirlos. Los hijos deben seguir su camino sin mirarnos. Es la ley de la vida.

Decidí intervenir con lo único que se me ocurrió:

—Sin embargo, una madre es siempre una madre —dije.

—Ése es el problema. Justamente. La abnegación. Una cualidad que como madre me caracteriza.

—Aunque tú no eres abnegada —se aventuró Pedro— y ahora que murió papá tendrás tus novios, te irás por ahí con ellos...

—¡Por-fa-vor! No digas tonterías. Como si fuera tan fácil. Hoy las jóvenes cazafortunas están a la orden del día, acechando a los hombres de mi edad. Además: ¿quién me va a querer con cuatro hijos encima?

—¡Pero si somos adultos! —protestó Juan que llevaba el pelo canoso atado en una cola de caballo y estaba endeudado hasta las manitas.

Mi madre miró con desprecio sus vaqueros rotos y el suéter a la espalda, de eterno galán:

—Un hijo nunca deja de ser un hijo. Lo sabrás cuando tengas los tuyos.

—¡Pero si tengo dos!

—Sí, de tu segunda mujer. —Y recalcando la frase insistió— *De ella*.

—No veo cuál es la diferencia, la verdad...

—La diferencia es que una madre nunca deja de preocuparse.

—Podrías intentarlo —sugirió mi hermana Sofía.

—Inténtalo tú, que para eso tienes juventud. Estás en la edad de ser irresponsable.



© Edward Corney

—Madre, no quise ofenderte.

—Pues lo hiciste.

Y arremetió con furia de predicador:

—Y sobre tu decisión de no tener hijos, permíteme decirte algo. Un día dejarás de ser joven. Te quedarán los placeres de la senilidad, tristes placeres. Más tristes cuando se ha tenido una vida como la tuya. Siempre pensando en cómo comer menos, cómo llegar a una talla más pequeña... —Movi6 la cabeza, como tratando de deshacerse de una idea inconcebible—. Haber venido al mundo a ser talla cero... ¡Qué gran proyecto para la humanidad!

Bebió un poco más de anís y dejó la copa sobre la mesilla.

—Es una talla que tiene sus encantos... —concedió— hasta que se te deja de ver bien la ropa: las faldas cortas, los escotes. Un día percibes la mirada burlona de los demás. Entonces te dedicas a rellenarte el cuerpo, tratando de suplir los años perdidos con algo, porque sientes ese vacío... y te das vuelta y encuentras que no tienes nada, ni siquiera un hijo para consolarte, aunque, cómo te va a consolar, si ésa no es la esencia de la progenie, menos cuando se trata de un hijo que no has parido... —Dio un trago a su anís y suspiró—. Ah. Vivir para tener a los hombres rendidos a tus pies. La seducción permanente como tema de vida...

Observó las huesudas piernas sin medias de mi hermana que terminaban en unas zapatillas doradas como de bailarina, y siguió:

—Los hombres... Sólo sus insinuaciones son un inmenso imperio en el que uno puede perderse sin remedio. ¿Qué palabras emplear para traducirlas? Necesidad de cuidados. Comprensión. Sed de compañía. Esperanza de aventura. Ansias de ternura, de solaz... No, imposible describirlo. Nos perderíamos. Son seres complicados en su expresión aunque transparentes en sus intenciones. Todo lo que desean podríamos reducirlo a una palabra: madre. Eso es lo que ven en una. Una mujer no es para los hombres más que una madre, aun para sus amantes futuros.

Hizo una pausa para dejar claro que ni siquiera nosotros, sus hijos, estábamos exentos de este sino.

—Porque ¿qué es lo primero que te pregunta un hombre apenas te conoce? —se hizo un silencio—. Exactamente. Tu edad. ¿Y lo segundo? No si estás casada, eso no es un estorbo a fin de cuentas. ¿Tu nombre? Tampoco. Ni tus aficiones, pues todo hombre cree que podrás amoldarte a las suyas, tengas las que tengas. Lo que te preguntan es si tienes hijos. Y de qué edad. Eso es lo que les preocupa. Que vayas a adjudicárselos, que ocupen el sitio que les corresponde a ellos...



—Madre, te hemos comprendido —dijo Juan, que además de impaciente, siempre fue mentiroso—. No te defraudaremos.

Nos pusimos de pie, dando el asunto por zanjado. Ella rechazó el beso de Juan y dijo antes de cerrar la puerta:

—Más les vale.

Todo el día me quedé dando vueltas a la sensación de inquietud que me había dejado la reunión con mi madre y luego la olvidé. Semanas después, el comentario de Juan, que yo creí un mero recurso para terminar con aquella visita, empezó a germinar de nuevo, como un organismo que se hubiera mantenido en estado letárgico y comenzara a hendir el aguijón de la duda. Empecé a preocuparme por mamá. Porque la amaba. O no, no lo sé. ¿Cómo saberlo? La línea divisoria entre el amor y el terror es tan tenue... Por días, estuve intentando llamarla por teléfono sin que se dignara contestarme más que a través de la grabadora. La imaginaba sentada frente al aparato, oyéndolo sonar mientras se limaba las uñas, haciéndose conjeturas: ¿Será Juan? ¿Será Sofía? ¿Serán Pedro, Alfredo? Al tiempo que se le multiplican los hijos, y era como si de pronto tuviera diez, veinte, cincuenta y ocho hijos preocupándose por su salud y su bienestar. Tras varios días de no recibir respuesta a mis mensajes pensé: se ha ido, sin avisar. Tiene con qué. Aunque me arrepentí. ¿Cómo puedo pensar así, si es mi madre? ¿Y si se hubiera puesto mala? Pero esto es imposible, concluí, nos habríamos enterado alguno de los cuatro. No la vuelvo a llamar. Que escarmenten. No acababa de tener esta idea cuando ya estaba marcando otra vez. Y nada. Luego pensé en qué le había yo hecho a mi madre para que me tratase con tanta maldad. Me sorprendió que su voz me contestara un día, como si nada, y me dijera que Juan la había invitado a comer a un restaurante extra-ordinario. No hizo otra cosa que recetarme el menú, decirme cuánto disfrutó cada plato, cuánto habían costado los vinos y la champaña, los sacrificios que eso implicaba para Juan ya que no había recibido un peso hacía años...

—Madre —la interrumpí— te he comprado un viaje. Yo mismo me sorprendí diciendo eso.

—Todos estos días te he buscado para decírtelo.

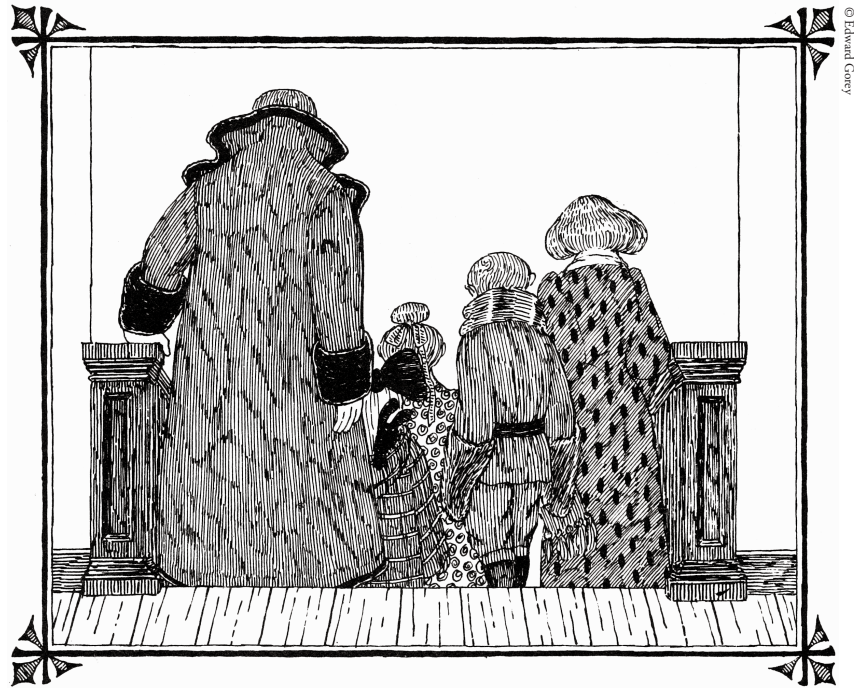
—¿Un viaje? Ay, lo siento. No voy a poder ir. Tu hermano Pedro me inscribió a un club, preocupado por mi salud.

—¿Te pasa algo?

—No, preocupado por mi salud futura. Mira, un viaje es por un tiempo limitado, en cambio un club es para siempre.

La membresía tenía como condición que comenzara a asistir de inmediato.

—¡Imagínate! Me regalan un par de gorros de natación y una maleta para que guarde allí mis cosas.



© Edward Gentry

—Y cuando merme tu salud ¿qué harás? —le eché en cara.

—Qué quieres decir.

Me arrepentí enseguida.

—No estoy queriendo decir más que aparte de la salud debes pensar también en la relajación. Un viaje a Miami a un SPA, frente al mar...

—¿A Miami?

—Pues a dónde creías —reí.

Quien diga que me impulsaba mi proyecto de hacer cine y comprarme la casa de campo donde podría escribir a mis anchas, miente. La preocupación por mi madre en mí era auténtica. Nunca dejé de ver por ella, ni de invitarla a comer ocasionalmente aunque siempre detesté sus formas de manipulación. Pero ¿era manipulación? ¿Acudir al chantaje para procurar la atención de esos hijos que hasta hace poco parecía detestar? Tal vez se sentía sola, tras la muerte de mi padre. El afecto humano es así. Nos basta con que la pareja esté en otra habitación, incluso en otro país, para cumplir con la necesidad fisiológica de afecto para nuestra subsistencia. A veces, nos basta con que esté en nuestra mente. A mayor distancia, crece el amor. Demasiado cerca es dañino. No podemos verlo, siquiera. Pero la necesidad de compañía se sacia mientras tengamos la certeza de que el ser amado existe y nos retribuye. Algún poeta lo dijo: "La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro". En mi experiencia esta afirmación, absolutamente convincente, es falsa. Basta con observar la reacción de otras especies cuando se las fuerza a vivir en soledad: mueren. ¿Alguien ha visto la profunda tristeza de un perro solitario? ¿De un pez? Los pollos y los monos, solos, sobreviven pocos días. Pero



los perros y los peces no leen poemas. A mi madre le bastaba con que mi padre existiera, odiándolo a distancia para tener su necesidad vital satisfecha. Ahora que mi padre no estaba, en cambio, luego de años de vivir sola y feliz parecía requerir nuestra compañía inminente. Nos quería cerca.

—¿Sabes qué me ha dicho tu hermana? —me preguntó cuando la llamé para saber cómo estaba.

—Qué.

—Espera, tengo el teléfono en “hold”; Pedro me está llamando por la otra línea.

La odiaba, sí, pero sólo en proporción directa al odio que empecé a sentir por mis hermanos. En su reciente preocupación no mostraban un interés tan puro como el mío. Pensaba en cada uno de ellos solícito, atento a los caprichos de aquélla de quien habían decidido huir en cuanto pudieron y a quien ahora procuraban como si se tratara de una valiosa especie en vías de extinción. Mi madre nunca habló de cantidad en el reparto de la herencia. De hecho, no sabíamos a cuánto ascendía el monto ni cuánto nos tocaría a cada uno. Tampoco, desde el día en que lo anunció, había vuelto a mencionar el tema. Pero la sombra de esta promesa pendía sobre los cuatro, aunque no lo dejáramos ver.

—Pues me dijo que está esperando un hijo —me espetó en cuanto volvió a tomar mi llamada.

—¿Un hijo? ¡¿De quién?! —brinqué, sorprendido.

—¿Y qué importancia tiene eso? Va a ser madre. ¿Entiendes? Madre... —y aquí se solazó pronunciando esa palabra como si se tratara de un postre exquisito.

—El ser más grande de la creación —me oí decir.

—Sí, algo que ni tú ni tus hermanos podrán entender jamás —me restregó—. Sólo que hay algo extraño en esto, ¿sabes?

—¿Ah sí? —me regodeé—, ¿qué?

—Pues que ha decidido regalarme un collar de perlas, a mí, por ser la abuela.

—Ah.

—Tu padre siempre me dio una alhaja cuando ustedes nacieron. Una joya por cada hijo.

—Es que éramos un regalo para la humanidad —bromeé.

—Pero un regalo que *yo* le di —aclaró— y eso es lo que él supo reconocer. La capacidad de hacerlo padre, que pudo realizar gracias a mí. Ahora es tu hermana quien me lo agradece, pues sin mí, ella no existiría.

Por algún tiempo, esta dinámica continuó. Podría decir que a partir del deceso de mi padre no hubo oportunidad en que no estuviera acompañada por cada uno de nosotros, y en todas ellas hubo una constante: jamás la vi satisfecha. Si yo le regalaba un collar el día de su cumpleaños (reconozco la falta de imaginación) ella decía, mientras analizaba las perlas dándoles la vuelta y hundiendo la uña:

—Es bonito, sí.

—Mira el broche —la animaba yo—, es plata engarzada mediante un trabajo muy fino en este ganchito, ¿ves?

—Sí —respondía sin demasiado entusiasmo— pero el que me dio Sofía es de perlas naturales...

Lo mismo dijo Pedro que había comentado sobre el viaje pagado a crédito en que él la llevó “a tomar un café a París”, como me confesó un día.

—Imagínate —se lamentó aquella vez—. ¡Lo único que se le ocurrió decirme fue que el avión en que viajó por invitación de Juan a Puerto Vallarta era más grande!

—Oye, Pedro. ¿A ti te ha dicho algo mamá? —lo enfrenté, de plano.

—¿Algo? No, qué va.

—¿Y no le habrá dicho a Juan algo que tú y yo no sabemos?

—Lo he pensado también. Pero no, yo creo que Juan paga todo con los programas de computación que vende.

Por años, éste fue nuestro pan de cada día. Entre tanto, Juan vino con la noticia de que había conseguido un puesto fijo de programador en una empresa. Por meses, mi madre no tuvo ojos más que para él. Le había comprado un sillón especial, dijo, y le estaba remodelando la casa con su primer sueldo. Al año siguiente, Sofía terminó la especialidad de enfermería que hizo a mi madre sentirse feliz y llegó un día con la noticia de que dos de sus solicitudes fueron admitidas en un par de clínicas, según ella, de mucho prestigio, aunque nosotros sabíamos que eran de mala muerte.

—Elige sólo la que te convenga más —dijo mi madre en aquella ocasión, mirándonos con desdén a nosotros— tú date tu lugar; como una reina...

—Oigan, ¿no le habrá dicho mamá a Sofía...?

Como si hubiera podido oírnos, mamá gritó desde su sillón en la sala mientras nos servíamos un whisky:

—No se preocupen, muy pronto ustedes también van a tener su recompensa...

Y añadió, enigmática: a quien estudia y trabaja, siempre acaba yéndole bien en la vida.

Al primer año, siguió el segundo y a éste, unos cuantos lustros. A los días siguieron meses, y a los meses, muchos años. Pedro pudo colocar unas cuantas ventas en el negocio de los bienes raíces, el único en que no tenía que hacer más que estirar la mano, y yo seguí con mi cargo académico, que mal que bien me permitía viajar, llevando a mi madre conmigo y dándole algunos gustos. La dinámica del amor filial siguió así, sacándola éste y pagando ese capricho aquél, llevándola y recogiéndola la otra... Mi hermana no tuvo ningún hijo. Tal vez fue un embarazo psicológico o perdió el producto, nunca lo supe. Pudo también tratarse de un engaño. Pero mi madre pareció no reparar en este hecho. Simplemente se dejó conducir, como un carrito de súper que va recogiendo bienes de gaveta en gaveta. Como es natural, envejeció. Y con la vejez, cambiaron sus necesidades. En vez de las salidas a restaurantes fue prefiriendo comer algo preparado por nosotros y un día decidió que tendríamos que repartir nuestro afecto por días,

de modo que cada uno le acondicionó una recámara exclusivamente para ella en nuestras casas. Dos días a la semana lo pasaba con un hijo distinto. Fue una época de competencia atroz en la que nos costó, a quienes las teníamos, retener a nuestras parejas y no obstante no tocamos el tema de la herencia. La vimos enflaquecer al ritmo en que perdía su ímpetu guerrero. Hoy, reducida a su mínima expresión, mi madre reina desde el sillón orejero que tiene en cada una de nuestras casas, un trono que parece quedarle demasiado grande.

—Han sido tan buenos hijos —nos dice— los cuatro... Es logro mío, pero no duden, tendrán su recompensa.

Cierta vez, jugando, alguno se atrevió a preguntar en medio de una cena:

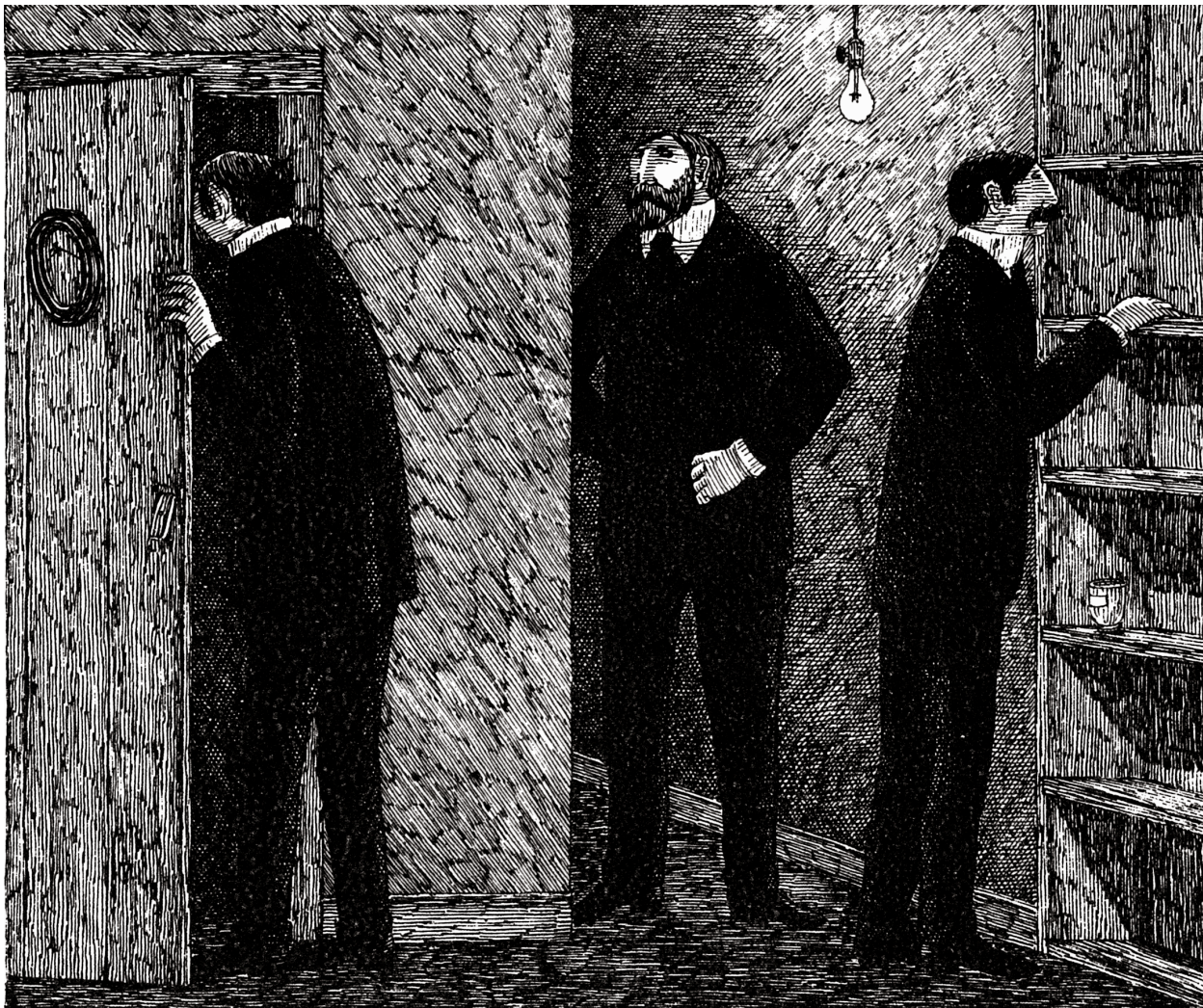
—Oye mamá, ¿qué te dejó mi padre? Dinos la verdad.

—¿Tu padre? —preguntó, como si no recordara de quién le estábamos hablando. En otra oportunidad en que alguien lanzó una indirecta, ella respondió:

—¿Y qué me iba a dejar, si nunca tuvo nada?

La ocasión en que más cerca creímos estar de descubrirlo fue un día en que al tratar de bajarla del coche ella rechazó toda ayuda y entre pujidos dijo:

—Déjame, yo puedo sola. Si algo me dejó tu padre fue valerme de mis propios recursos... **U**



© Edward Gray